

Julián Gorodischer

**CLAUDIA
VUELVE**



ACLARACIÓN

Lo que sigue es una ficción
basada en hechos reales.

AGRADECIMIENTO

Este libro pudo realizarse gracias
a una beca “Creación” del Fondo
Nacional de las Artes.

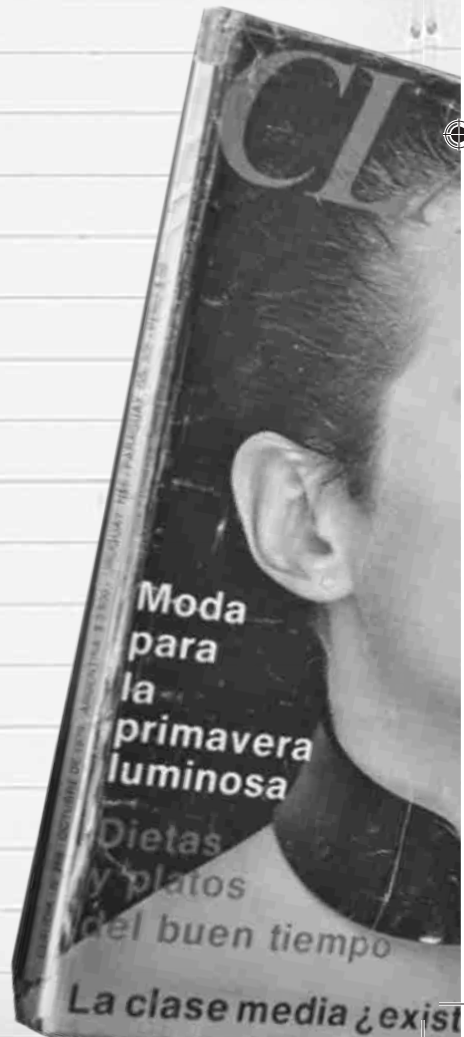
DEDICATORIA

Para las editoras de mi vida.

CLAUDIA VUELVE

1974: el país vive su duelo. A pocos días de la muerte del teniente general Perón, en la redacción de “la revista para la mujer moderna”, se prepara un número especial sobre su viuda, Isabelita, que ocupa el cargo de presidente de la República. Al trasluz: el devenir de un país que empieza a transitar su mayor oscuridad.





CI

Moda
para
la
primavera
luminosa

Dietas
y platos
del buen tiempo

La clase media ¿exist

CLAUDIA VUELVE

*Aquí está lo que es,
lo que fue,
lo que vendrá,
lo que puede venir.*

Olga Orozco



Personajes

César Civita	Presidente de la editorial
Mina Civita	Editora general de <i>Claudia</i> y esposa de César
Adriana	Editora e hija de César y Mina
Alicia y Donna	Las secretarias de César
Olga Orozco	Redactora especial
Paola Ravenna	Editora
Héctor Zimmerman	Secretario de Redacción
Susy y Carlitos	Pasantes
Gisela y Antonela	Las pibas
José Ber Gelbard	Ministro de Economía



Margarita	Vocera de Gelbard
Jacobo Timerman	Director de <i>La Opinión</i>
López Rega	Ministro y secretario de la presidente
Isabelita	La presidente
Massera	Jefe de la Armada
Enrique Raab	Periodista cultural
Ernesto Schoo	Periodista cultural
Balbín, Lastiri y Vicenta	Círculo íntimo de la presidente
González	Secretario de la presidente



LO MAS PERFECTO AL SERVICIO DE UNA DAMA

FIBRA *Lycra* DU PONT
 TELA FABRICADA POR VIRTUS



***Claudia* se vuelve oficialista**

Es la década de los 70. Perón se murió hace un mes; las editoras están inquietas; y la revista *Claudia* está por dar un paso trascendental en su historia.



En el aire, en el comienzo del nuevo gobierno a cargo de su viuda, Isabelita, se percibe un nuevo permiso para hacer declinar la –hasta ayer– indiscutida independencia de un puñado de medios de comunicación con respecto a la esfera política. En una época de inflación avasallante y vacas flacas, tanto las revistas de la editorial Abril –que conduce César Civita– como el diario *La Opinión* –a cargo de Jacobo Timerman– se imaginan por primera vez en la Historia subsidiados por el Poder de turno.

Hoy no será un buen día: en la redacción de la avenida Alem se detectaron focos de disenso interno frente al alineamiento con la viuda de Perón; mientras, el diario *La Opinión* funciona una vez más en espejo con el emporio de los Civita, y el borramiento de su tradicional perfil crítico ya causó la primera de una serie de bajas que le resultarán irremontables: una de sus plumas sobresalientes (Tomás Eloy Martínez) acaba de presentar su renuncia a Timerman.

1º de agosto de 1974

Primera Reunión de Edición del día

“Señoras, hoy las quiere bien precisas y con intervenciones homeopáticas. Vino con el humor de un divo de la ópera”, dice Donna, una de las secretarias del presidente de la editorial Abril, con una condescendiente actitud hacia la plebe, que resulta atípica para su rol de mano derecha del jefe.

Claudia es la revista argentina “para la mujer moderna”, y este es un día más en los últimos diecisiete años en los que *Claudia* entró en los anales de las revistas argentinas más vendidas de todos los tiempos. Es tan versátil como para hacer convivir a las publicidades de carteras y visones con un matiz progre, aportado por el psicoanálisis, y un tonito de UBA que le habilitaron un sitio singular dentro del mapa de medios gráficos.

En el año 1974, es consumida por las estudiantes de psicología, y hasta por las mujeres del PC y la JP, que pueden identificarse en los perfiles de escritores a cargo de grandes firmas de la época y la presencia –por primera vez en la historia de los medios locales– de abundante consejería para una plena vida sexual.

Civita ingresa en el Despacho después que todas y, antes de tomar asiento, se dirige hasta el teléfono y levanta el tubo:

–Señorita Alicia, convoque al Nene (como lo llama,

solamente él, a Carlitos, uno de los pasantes de *Claudia*).

Alicia (después de unos segundos):

–No contesta, señor –levanta otro tubo, sin cortar a César–. Ay, Carlitos; ¿dónde te habías metido?

En cuestión de segundos, Carlitos se saltea el puesto de la Secretaría –en el cual conviven Alicia y Donna–, e ingresa a Despacho, jadeante, sin haber golpeado la puerta. El presidente de Abril le sonrío con los ojos, dándole señal de aprobación. El pasante sí puede entrar sin golpear, ¡carajo! Las damas observan la escena, azoradas. Carlitos se regocija con esa caricia simbólica del jefe; lo hace sentir especial.

César:

–Nene, 500 palabras para ¡ya! –Y le entrega una fotografía recién llegada del salón de revelado. Es un retrato de Claudia Sánchez, la modelo del año.

“¿Qué es ya? ¿Qué es ya? –se enreda el pasante–. ¿Así nomás? ¿Por qué no habré preguntado para cuándo?”. Mientras desciende un piso por escalera hasta la redacción de *Claudia* –en el octavo– evalúa desistir de la misión asignada, pero eso sería hacerse echar.

Después es sentarse ante la máquina y concentrarse. Dejar de vibrar: ser prolijo, sintético y coloquial. No correr riesgos: no apartarse de la doctrina del servicio para el cuidado personal; cierta rigidez gestual y la mirada absorta en el vacío –hacia el fuera de campo– de la modelo le da a la imagen que debe epigrafiar un aire enrarecido, exactamente lo buscado: tiene que distinguirse como un autor que se corre del lugar común de la sección “Belleza”, pero sin generar interferencia con lo que se viene concibiendo hasta

el momento como servicio en *Claudia*. Su intervención debe ser una pincelada módica de color percibida solo por el ojo experto.

Después, vuelve a Despacho, munido de su fotoepígrafe, para que la valide el *hombre fuerte* de Abril. Pero la reunión ya corre por otro cauce, y nadie le presta atención.

Se discuten asuntos más urgentes que atañen a la próxima edición de septiembre de *Claudia*, la cual dará cuenta del primer mes de gobierno de Isabel, tras la muerte de su marido, el presidente. Muerto el líder, su señora se debió hacer cargo de la conducción de la República.

Civita le está encargando a Héctor Zimmerman, el secretario de redacción de *Claudia*, el artículo que irá a la portada del número de septiembre. Mientras las editoras se disgregan rumbo al Roof Garden, para el típico vermicelino posterior a la reunión de edición —un ritual que hace generoso al líder ante los ojos de sus subordinadas—, el presidente de Abril entrega a Héctor un telegrama recién llegado del Ministerio de Economía, que conduce José Ber Gelbard, funcionario con muy buenas relaciones tanto con Civita como con Timerman, director del diario *La Opinión*.

De manera espontánea, se dio que Gelbard empezara a meter mano en el área de Prensa del Gobierno Nacional, aprovechando sus contactos fluidos con los dos editores con mejor llegada a las embajadas de Israel y los Estados Unidos en Buenos Aires.

Las reuniones en bares hasta la madrugada (eventualmente las escapadas de los tres por alguna ruta de la provincia) son altamente valoradas por Gelbard

y muy inspiradoras en lo que se refiere a cómo trabajar la imagen de la Señora desde los medios gráficos. Gelbard siente, desde que asumió la viuda de Perón, que nadie está pensando en eso. “José María (Villone, secretario de Prensa del Gobierno) es un inútil”, les reveló con esa confianza desmesurada que implica estar cuestionando a un acólito de su archirrival en el Gabinete, el Brujo López Rega. Entonces, pone a trabajar a sus paisanos en un doble juego secreto para un beneficio que, a la larga, involucra a algunos, como gobierno, y a todos como país.

Las reuniones tienen sí o sí que ser clandestinas, ya que de enterarse López Rega –el ministro de Bienestar Social y secretario privado de amplísima influencia sobre la presidente– armaría una opereta para desactivarlos y –si hubiera resistencia– los aniquilaría por medio de su tropa parapolicial, la llamada Triple A, que hace base en el ministerio bajo su ala.

Así las cosas, la imagen de Isabelita se trabaja disgregada e informalmente, en una época que todavía no vio nacer a los voceros profesionalizados, en la que la relación con los medios se arma al tuntún, muy en función de las relaciones personales que cada ministro pudo aportar a la causa. La confidencialidad de los encuentros es la regla que ninguno de los que juegan este partido puede desacatar; este tipo de vínculo entre funcionarios y directivos de medios no debe ocurrir jamás dentro de la Casa Rosada.

Entre las altas jerarquías de *Claudia* y el Ministerio de Economía, entonces, hay un torrente fluido de información que se apoya en llamadas telefónicas, las mencionadas reuniones y un ir y venir de telegramas,

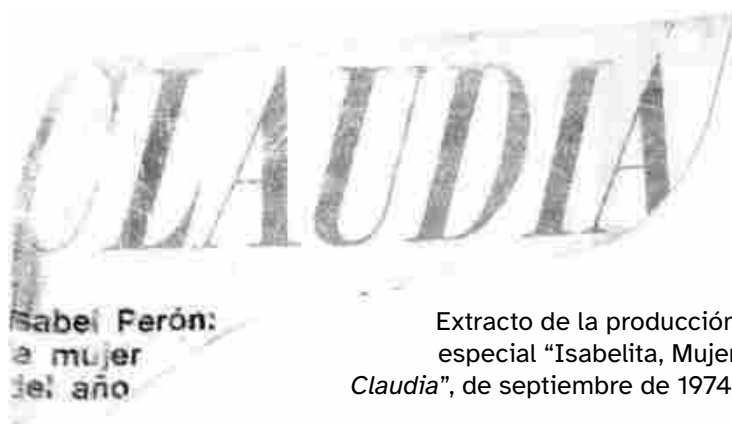
cartas y gacetillas que ingresan a la revista por la mesa de entradas y –gracias a un eficaz correo interno posibilitado por cadetes humanos y un vasto tendido de ascensores de papeles– llegan a cada editora o al Despacho de Civita, en apenas 5 a 10 minutos, en un ciclo tan eficiente como repetitivo.

Acato, desacato

“Así empieza tu nota”, le dice Civita a Héctor; luego besa un telegrama –como bendiciéndolo– y se lo entrega. El artículo de portada que está empezando a producirse –y que saldrá con la firma de Zimmerman– surgió como una estrategia del ministro de Economía para congraciarse con la presidente, que le confesó ser una histórica lectora encandilada por la revista. En el número que viene, Isabelita misma lo explicaría: “Me gusta cómo se visten las señoras en *Claudia*”, y entonces por una directiva suya al personal de vestuario y maquillaje de Gobierno, cada aparición pública de la Señora de Perón debe estar regulada por la edición del mes anterior de la sección “Moda” de *Claudia*. Acumula las distintas producciones recortadas y caratuladas por estaciones del año y texturas y colores de las telas; atesora las producciones de primavera/verano en su cajón con llave, y eso implica dos cosas: el ímpetu de Gelbard para tratar de controlar esos contenidos, o al menos influirlos a la medida de lo que –supone– requiere el gusto de la Señora; y cierta contradicción –que es considerada una maravilla, dentro de Abril– entre el encono que manifiesta Isabelita contra otras

publicaciones de la editorial, y esta devoción de lectora fanática hacia la revista estrella de su principal hostigador mediático.

Gelbard está desvelado por estamparle una derrota comunicacional a su enemigo interno, López Rega. Hablando con Civita, imaginaron una nota de tapa bajo el titular: “Isabelita, Mujer *Claudia*”. Todavía no llegaron a acordar detalles de contenido, pero están inaugurando una brutal batalla por el sentido, en torno a la presidente.



Como siempre, la reunión de edición se prolonga, de manera informal, hasta el mediodía en el Roof Garden del Noveno, con todos de pie. En estas ocasiones, el trabajo se entremezcla con el placer de la conversación informal y los canapés. “¿Qué más hay?”, pregunta el presidente de Abril a las editoras.

“Hoy hacen un paro nacional los docentes”, dice Paola Ravenna. Y nadie la registra.

“*Boquitas pintadas*, de Leopoldo Torre Nilsson, agotó –como todos los días desde su estreno– las

localidades en el cine Atlas”, lee en su anotador Adriana, hija del presidente de Abril y redactora especial de *Claudia*. Su tono es burocrático, y se la percibe algo abúlica.

Pero su padre baja la mirada y no presta atención a sus editoras. Ya está en otras cuestiones.

Es el momento en que les hará entrega de la lista del mes, con las figuras que deberán ser impulsadas por el número de septiembre de *Claudia*. Serán: una judía y una italiana, como es ritual. Esta vez, las actrices Cipe Lincovsky y Diana Maggi. Mina, esposa de César y directora de *Claudia*, lo mira de mala manera: detesta este acto de humillación pública. Alicia, su cómplice, corta la escena ingresando en el Roof Garden con un movimiento de cadera copiado a una *mannequin* internacional. Por la fluidez con la que ocurren, las acciones se desenvuelven con un ritmo que parece coreografiado. Alicia entrega a Civita un ejemplar de *La Opinión* de dos días antes, en el que se publicó una encuesta a los críticos de cine del país sobre la que, “a su juicio”, podría ser considerada como revelación femenina cinematográfica de lo que va del año 1974 (para un balance de medio término). César lo lee con evidente intención de verdugueo.



**¿Disfrutaste el libro
que comenzaste a leer?**

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

